
Rivera, Antonio (ed.), *Nunca hubo dos bandos. Violencia política en el País Vasco 1975-2011*, Granada, Comares, 2019, 226p. ISBN: 978-84-9045-902-7. 20,90€ 

Prólogo (José María Ruiz Soroa). Pensamiento ilusorio. La construcción histórica del Nosotros vasco (Antonio Rivera). La paz y la libertad en peligro. ETA y las violencias en Euskadi, 1975-1982 (Luis Castells). La época socialista (1982-1996). Negociación, violencia y fantasmas (Fernando Molina Aparicio). La época del «conflicto vasco», 1995-2011. Aplicación de un mito abertzale (Raúl López Romo). El dique moral. Las víctimas del terrorismo como freno de la espiral de violencia (María Jiménez Ramos). Ensayo para entender el surgimiento y desarrollo de ETA (Joseba Arregi).

En *Nunca hubo dos bandos*, el profesor Antonio Rivera coordina una obra coral de obligatoria lectura que relaciona pasado y presente con la finalidad de explicar qué fue ETA, qué implicó su trayectoria y cómo se la presenta en la actualidad por parte de determinados sectores políticos, académicos y mediáticos. Desde el punto de vista formal y metodológico, el libro destaca por el rigor científico y por una adecuada estructura capitular que combina el orden cronológico (Rivera, Castells y Molina) con análisis más específicos (Jiménez Ramos y Arregi) dando como resultado un todo coherente.

El conocimiento del objeto de estudio mostrado por los autores les permite llevar a cabo juicios críticos sólidamente argumentados. Al respecto, una primera lección que extraemos tras la lectura, es que el final de ETA no significa que sus efectos dejen de sentirse en el País Vasco. Por el contrario, se detecta un nexo evidente entre la actualidad (en forma de homenajes a etarras excarcelados) y el pasado no tan remoto cuando «el culto al terrorismo se había generalizado en el espacio público, en donde las redes asociativas de la comunidad de violencia controlaban la calle (...) Los funerales por los activistas caídos se convertían en espacios de auto-celebración comunitaria y culto a la inmolación por la patria» (Molina, p. 131).

Una segunda lección se encuentra directamente vinculada con el relato difundido por el nacionalismo vasco, con pretensión de convertirse en canónico, que considera que ETA no ha sido derrotada por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado sino «consecuencia de un diálogo entre el Estado y la organización que representa al sector insurgente del pueblo vasco» (Molina, p. 138). En efecto, en el prólogo realizado por José María Ruiz Soroa, este ya previene al lector sobre cómo el nacionalismo vasco recurre a varios mantras complementarios para escribir el relato del post-terrorismo. En este sentido, aunque el listado es largo, conviene destacar sintagmas como «todas las violencias» o «todos hemos sufrido», enmarcados ambos en el denominado «conflicto vasco», expresión que disfraza lo que realmente ocurriría debido a la presencia de ETA: «estábamos ante la lucha de un Estado de Derecho contra el fanatismo político de un grupo de asesinos» (López Romo, p. 142).

Con todo ello, ¿a qué se refieren los autores cuando afirman que nunca hubo dos bandos? La respuesta es tan clara como bien fundamentada a lo largo de la obra: al deseo intencionado por equiparar el terrorismo de ETA con otros terrorismos (GAL y extrema



Universidad
de Navarra

— FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

— DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

derecha, particularmente) que caracteriza al nacionalismo vasco, el cual omite no solo que la violencia fue asimétrica, sino que «hay un hecho fundamental que diferencia a ambos terrorismos. Mientras el sostenido por ETA contó con un entorno social nucleado políticamente en torno a la coalición HB, que apoyó o justificó su práctica, nunca existió algo similar en los GAL. Sus asesinatos pudieron tener comprensión en una parte de la población, pero no contaron con un sostén social ni alimentaron un repertorio movilizador que reforzara la identidad nacional» (Molina, p. 122).

Asimismo, los autores que participan en esta obra, frente al sentimentalismo y a la subjetividad que caracteriza a la memoria, emplean la historia como instrumento para refutar determinadas verdades oficiales patrocinadas por el nacionalismo vasco contrarias a la verdad real. Así, por ejemplo, rechazan que Euskadi constituyera un escenario preferente de la represión franquista una vez concluida la Guerra Civil, un «argumento» utilizado por ETA para justificar cuantos atentados perpetró. Además, como apunta Joseba Arregi: «la guerra no fue de Euskadi contra España, sino una guerra civil también en el País Vasco, entre seguidores del alzamiento y leales a la República» (p. 205).

En íntima relación con la idea anterior, otro mito sobre ETA, en cuya construcción y difusión no sólo participó el nacionalismo vasco, es aquel que le concedió la escarpela de «organización antifranquista». Nada más lejos de la realidad: desde su nacimiento hasta su desaparición, fue una organización terrorista antiespañola. De hecho, el antiespañolismo ocupó un lugar de privilegio en el credo de Sabino Arana quien «negó la posibilidad de la doble lealtad: la condición de vasco era a partir de ahora excluyente de la española, de manera que los vascos que se mantuvieron en la segunda eran también enemigos» (Rivera, p. 21).

Sin embargo, vincular a ETA con la existencia de la dictadura hizo que, una vez iniciada la Transición, proliferasen voces optimistas que establecieron una suerte de relación de causa-efecto entre, por un lado, la aprobación de la Ley de Amnistía, la Constitución de 1978 y el Estatuto de Gernika y, por otro lado, el supuesto cese definitivo del terrorismo etarra. Los hechos resultaron diametralmente distintos: «la realidad fue muy distinta y la violencia no sólo no desapareció, sino que se reforzó, cobrando ETA un especial protagonismo» (Castells, p. 58).

De hecho, la obra permite comprobar cómo ETA varió el perfil de sus víctimas, pero sin alterar un ápice su estrategia de estigmatizarlas previamente: «en estos años los entierros de civiles, militares, policías o guardias civiles se sucedieron en un clima de silencio y desafecto público, desconsideración social de las víctimas, olvido institucional, y sentimiento de vergüenza y culpabilidad de familiares y amigos» (Molina, p. 111). Como resultado, la sociedad vasca se convirtió en el paradigma de la espiral del silencio, con un buen número de ciudadanos (los no nacionalistas, cabe matizar) carentes de libertad para expresar sus ideas políticas en público.

Conforme se fue dejando atrás esta anomalía asistimos al incremento de la violencia de persecución perpetrada por simpatizantes de ETA contra referentes de la comunidad no nacionalista: «entre ellas se encontraban representantes públicos, funcionarios de la Administración de Justicia o periodistas. De esta manera, ETA extendió la definición del enemigo al espectro ideológico y eligió a personas con perfiles públicos cuyos crímenes alcanzaron un eco en la sociedad inédito hasta entonces» (Jiménez Ramos, p.

RECENSIONES

179). En este proceso, el PNV nunca fue un actor marginal ya que, a través de dos estrategias complementarias, combinó equidistancia y condescendencia. Por un lado, mediante un acercamiento a las posiciones del nacionalismo vasco radical (la culminación fue el Pacto de Lizarra). Por otro lado, fomentando la aparición del denominado etno-pacifismo, con organizaciones como Elkarri, que insistían en la obligatoriedad de implementar un cambio en el estatus jurídico de Euskadi para evitar el denominado «empate infinito».

Antonio Rivera Blanco es catedrático de Historia Contemporánea en la Facultad de Letras de la Universidad del País Vasco. Ha sido vicerrector en la citada universidad y miembro del Parlamento Vasco en las legislaturas VIIIª y IXª. Entre sus últimas publicaciones destacan *La Euskadi ciudadana. Los socialistas en el Gobierno Vasco, 1936-2012* (2019) (con Rafael Leonisio), *Fernando Buesa, una biografía política. No vale la pena matar ni morir* (2020) (con E. Mateo) y *20 de diciembre de 1973. El día en que ETA puso en jaque al régimen franquista* (2021).

Alfredo Crespo Alcázar
Universidad Internacional de Valencia



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA